



Pentecostés



Pentecostés: del espectador al protagonista

En Pentecostés celebramos el derramamiento del Espíritu Santo sobre la humanidad. No es solo un evento del pasado, sino un recordatorio vivo de la fidelidad de Dios y de la vida plena que se encuentra en comunión con Él.

Pentecostés marca un antes y un después: es el momento en que dejamos de ser espectadores del Evangelio para convertirnos en participantes activos. Es, además, el día en que nace la Iglesia, el cuerpo de Cristo, impulsada por el poder del Espíritu.

¿Quién es el Espíritu Santo?

“Mientras estaba con ellos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre... ‘Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo dentro de pocos días’” (Hechos 1:4–5, NVI).

El Espíritu Santo es la presencia personal de Dios en nosotros. Es nuestro defensor, consejero y consolador. Nos anima, nos fortalece y nos impulsa hacia la vida abundante que Dios ha preparado.

Jesús lo compara con el viento: no lo vemos, pero sentimos su poder y su dirección. Una vida guiada por el Espíritu no se basa en el control, sino en la confianza: confiar en la fidelidad del Padre, en sus promesas y en su provisión. Así como un navegante despliega sus velas esperando el viento, nosotros aprendemos a disponernos, a escuchar y a dejarnos guiar. El Espíritu sopla en el tiempo perfecto de Dios.

El nacimiento de la Iglesia

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. De repente, vino del cielo un sonido como de un viento recio... y lenguas como de fuego se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo...” (Hechos 2:2–4)

El relato de Pentecostés describe una irrupción poderosa: viento y fuego llenando la casa y transformando vidas.

Los discípulos, que antes estaban encerrados, salen ahora a las calles con valentía, proclamando a Jesús crucificado y resucitado. Ese día, el miedo se convierte en misión.

Este acontecimiento no era un símbolo desconocido: el fuego y la gloria ya habían representado la presencia de Dios en la historia de Israel —como en el templo o en la columna de fuego en el desierto. Ahora, esa presencia ya no habita en un lugar físico, sino en las personas.

Pentecostés redefine el “templo”: ya no es un espacio, sino una comunidad viva llena del Espíritu.